

"Señor Dios: Soy maestro. Eso significa que me has otorgado el don de enseñar. De algún modo te imito, soy tu heredero, puesto que Tú fuiste el máximo Maestro. Te ruego que me guíes en las tareas cotidianas. Que me concedas sabiduría para transmitir, humildad para dar lo que sé, y más aún para aprender lo que ignoro. Que me otorgues comprensión para enfrentar a los incomprensivos y paciencia ante los impacientes. Que, puesto que el magisterio es una vocación del espíritu, ahuyentes de mí toda ambición desmedida y toda avaricia. Que por tanto, yo sea generoso en el dar y receloso en el recibir como no sea otra cosa que el amor de mis alumnos. Que ellos, mis discípulos, me superen en la vida, porque esa será mi mejor gratificación, la de dejar la porción de la humanidad confiada a mi cuidado, mejor de lo que la encontré. Que a cada alumno lo sienta como hijo propio y que cada maestro sea para mí un hermano. Que, más que enseñar cosas, enseñe vida. Para que cuando un día esté frente a Ti en el mundo eterno, puedas mirarte a los ojos y decirte: Señor, he cumplido."

JOSÉ LUIS ARÉVALO  
"Oración del maestro"

Por JOSÉ LUIS ARÉVALO

Dibujos de SZILAGYI

Hace veinticinco años, siendo apenas un adolescente, con dieciséis años, me graduaba como maestro en la escuela normal 'José María Torres' de Paraná, Entre Ríos, la más antigua formadora de maestros del país.

La escuela tenía -y supongo aún tiene- un distintivo donde se veía a un sembrador arrojando semillas en los surcos. Y debajo, una inscripción latina: "Semper et ubique".



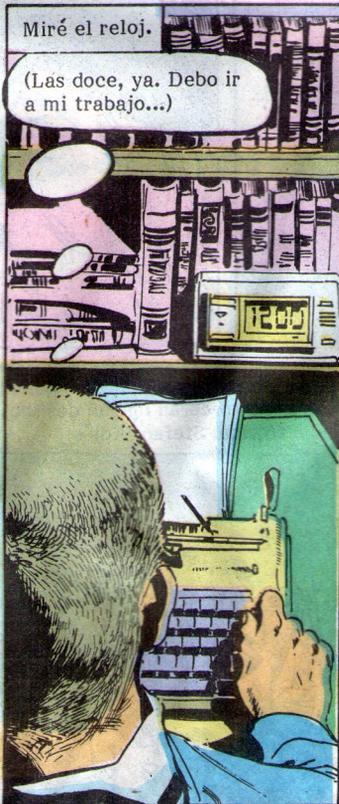
# SEMPER et UBIQUE

Y esa frase, traducida, significa: 'Siempre y en todo lugar'. Tan sencillamente se resume la sagrada misión de enseñar. Porque el que nace maestro, vive su tarea en toda la dimensión de la palabra, la goza, la disfruta, esté donde esté.



Miré el reloj.

(Lás doce, ya. Debo ir a mi trabajo...)



Mi trabajo es, ni más ni menos que ser maestro de grado, el sexto para ser preciso, en una escuela de Villa Urquiza. Eso me obliga a tomar un par de colectivos, a esperar en las colas.



Desde luego, sé lo que es el frío, la lluvia, o el calor de noviembre. Pero cotidianamente mi obligación es llegar a la escuela. Uno termina por acostumbrarse. La satisfacción es enorme, y los pequeños sacrificios no pesan.



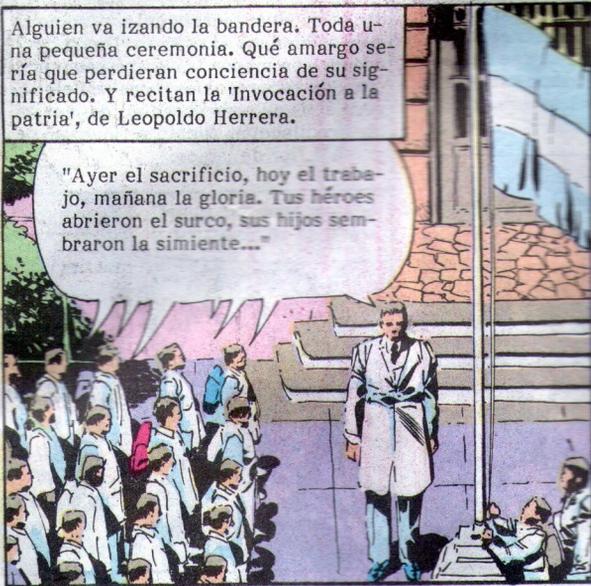
Cuando llego al aula, está vacía. Abro el armario, me pongo el guardapolvo. Y en ese instante sucede como si un óleo bautismal me cayera sobre la frente. Me transformo.



El patio se va llenando de murmullos. Se colma de chicos con guardapolvos blancos. Vienen de hogares diferentes, de situaciones distintas. Pero para mí son idénticos.

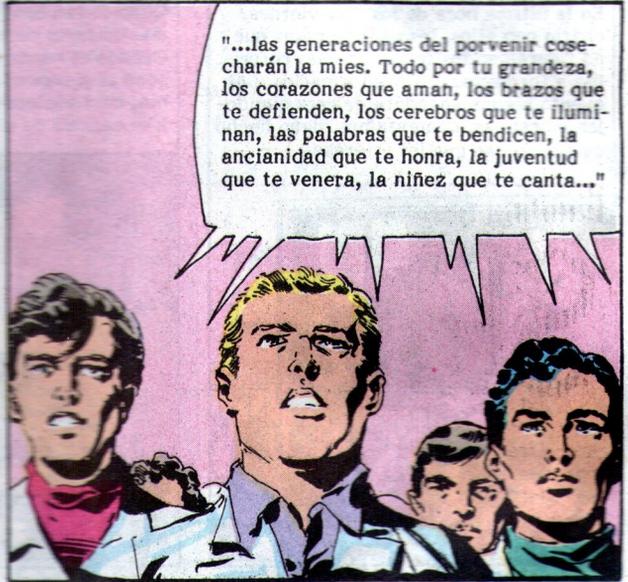


Alguien va izando la bandera. Toda una pequeña ceremonia. Qué amargo sería que perdieran conciencia de su significado. Y recitan la 'Invocación a la patria', de Leopoldo Herrera.



"Ayer el sacrificio, hoy el trabajo, mañana la gloria. Tus héroes abrieron el surco, sus hijos sembraron la simiente..."

"...las generaciones del porvenir cosecharán la mies. Todo por tu grandeza, los corazones que aman, los brazos que te defienden, los cerebros que te iluminan, las palabras que te bendicen, la ancianidad que te honra, la juventud que te venera, la niñez que te canta..."



Y después, a las aulas. Lo de siempre, pasar lista, mirar el temario donde planifico lo que haremos en el día. Por cuatro horas seré como el padre de casi treinta niños.



Los nombro por el apellido. Sé de sobra dónde se sientan. Con un golpe de vista ya sé quién ha faltado.

Fernández...Lascano...Stella...

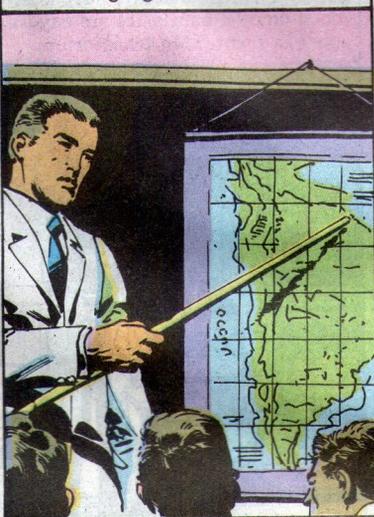


La primera hora siempre es la de matemáticas. Suele ser la que pasa más lenta. Para ellos, y también para mí. Es una materia que nunca me sedujo demasiado.

Vamos a trabajar con un problema de regla de tres simple. Anoten: "Un agricultor vende cuatrocientas setenta bolsas de trigo, que representan el treinta por ciento de su cosecha en..."



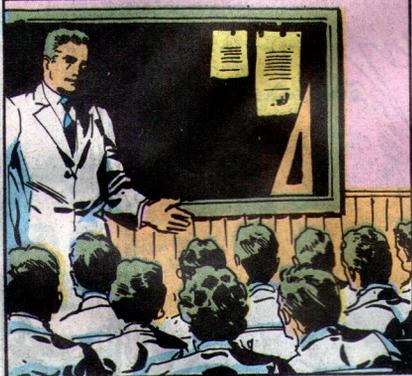
Después viene la parte de ciencias. La tercera hora es para ocuparse de historia o geografía.



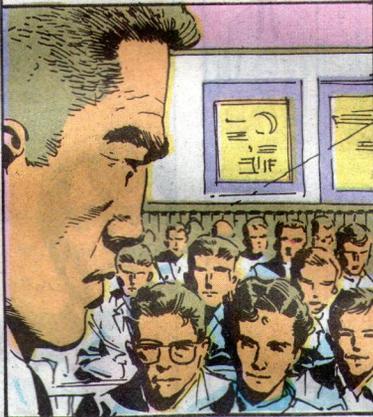
Una vez por semana, en el patio posterior, es la clase de educación física, lo que traducido significa que una vez por semana juegan a la pelota.



En la última hora de los días viernes, charlo con ellos, les explico cosas que no figuran en los temarios, más referidas a formarlos que a informarlos. Les cuento alguna anécdota de esas que dejan moralejas, comentamos algún hecho de actualidad que les interese.



Quizás sean esos los momentos que más disfruto de mi tarea docente. Cuando el hombre que soy se antepone al maestro, y cuando esos niños, casi adolescentes se anteponen a su calidad de alumnos.



Stella es vivaz, inteligente, pero no muy aficionado al estudio. Dice que cuando sea mayor trabajará como actor. Son todos iguales, para mí, claro, pero él es un caso especial, de inevitable predilección. Siempre tiene una pregunta a flor de labios.

Señor...¿por qué eligió trabajar de maestro?



Los chicos suelen disparar misiles en forma de palabras.

Pues...es una cuestión de vocación. Una vocación que heredé de mi madre. Ella también fue maestra. De las maestras a la antigua, de las que llevaba la pila de cuadernos a la casa para corregir.



¿Qué quiere decir vocación?

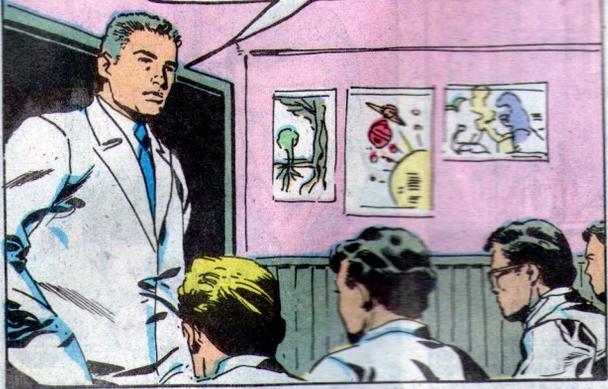
Quiere decir que uno elige su camino. Que al elegirlo sabe que todo el resto de su vida hará la misma cosa, con pocas variantes. El médico ha de intentar curar gente, salvar vidas. Recetará remedios, hará operaciones...



El abogado tendrá que pasar sus jornadas entre expedientes, acusaciones, defensas, jurisprudencia. El químico en los laboratorios. El veterinario, entre animales...



Quando elegí ser maestro, escogí el sendero de tomar bajo mi tutela la educación de muchos niños, cuyos rostros y nombres no conocía. Era convertirme en el educador, en el forjador de la mente y el espíritu de muchos chicos y quizás de adultos.



Ser maestro es convertirse en un abridor de puertas y ventanas por las cuales se accede a un mundo distinto. Al mundo del saber, que es inabarcable, y al universo del espíritu, que no tiene fronteras.



Stella asintió con la cabeza. Quizás no entendía totalmente sus palabras pero el concepto estaba. Y valía la pena ampliarlo.

Por ejemplo, vos siempre decís que querés ser actor.



Significa que cuando comiences tu carrera, debes saber que tu vida va a alternarse entre escenarios de teatro, estudios de televisión, sets de cine. Que con libretos distintos, con públicos diferentes, vas a realizar trabajos parecidos.



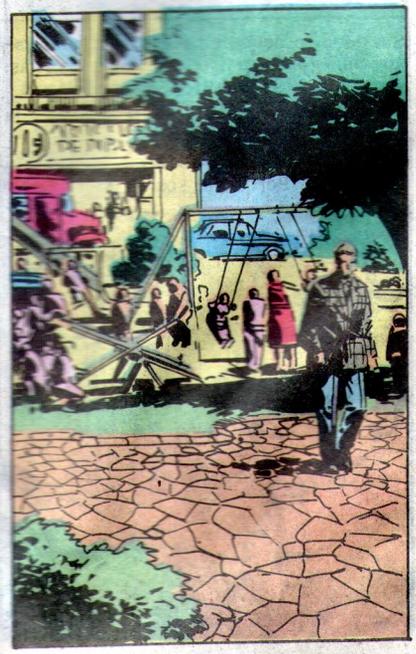
Tendrás logros y frustraciones. Pero te deberás al público, te entregarás totalmente a él. Sin el público, el actor no existe. Sin el alumno, el maestro tampoco. Seguir fiel a un impulso interior, aun ante la adversidad. Eso es vocación.

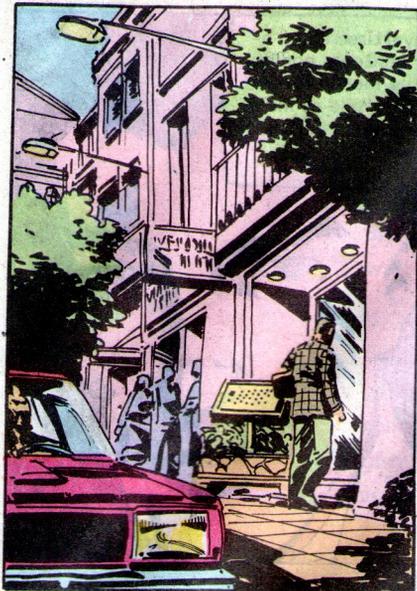


Después sobreviene la campana, salir al patio, formar, arriar la bandera. Y partir. La rutina cotidiana.



Yo me saco el guardapolvo. Lo cuelgo en el armario. Me preparo para volver al mundo exterior, más allá del aula, que a mi ver, es un templo.





La noche. Tras la cena que consiste en algún churrasco ligero que me cocino, o la porción de comida que compro en una rotisería cercana, vuelvo a hundirme en mi otro mundo, ese que se compone de palabras, de relatos, de poemas.



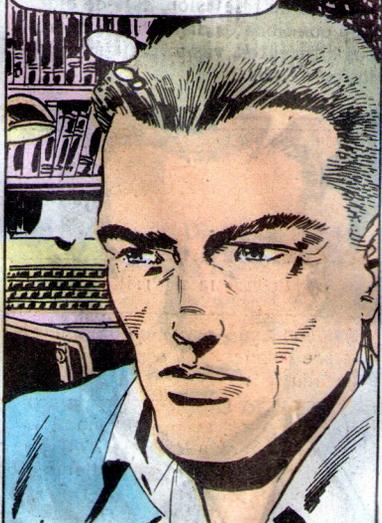
(Hmmm...debo pensar un argumento policial para un cuento breve. Voy a probar con la temática de la serie negra, o sea los conflictos entre marginales...)



Alguien llamó a la puerta. Me asomé. Podía ser algún vecino para pedir algo, o algún amigo aburrido.



(Justo ahora que estaba decidido a escribir...)



Abrí. Frente a mí había un hombre a quien no reconocí, bien vestido, sonriente. Fruncí el ceño y él notó mi asombro.



Sin duda yo debo de haber cambiado. Estoy más gordo, tengo las primeras canas. Pero vos estás igualito. Sólo te falta el saco azul del normal y el distintivo en la solapa.



Pero...vos sos...

Sí. Era. Y mi alegría fue mayúscula.

¡El 'Indio' Marcuzzi...hermano...!



El 'Indio' Marcuzzi se llamaba Jorge, pero allá en el normal, los apodosos siempre fueron más importantes que los nombres de pila. Hacía un montón de años que no nos veíamos.

Lo menos veinte, viejo...



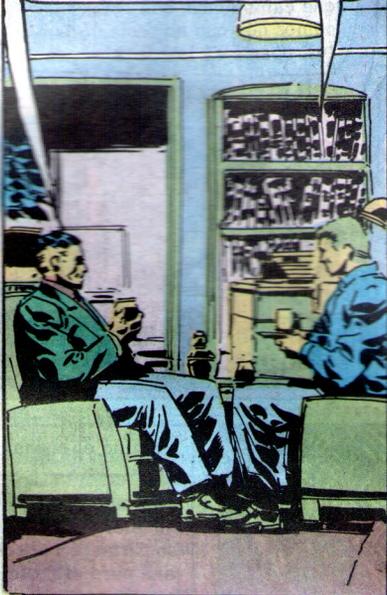
Una botella de cognac, un par de cafés. El no saber por dónde empezar la charla. Como el más sorprendido era yo, comenzó él.

Sabía que trabajabas como escritor en una editorial. A veces leía tus cuentos. Allí me dirigí para conseguir tu dirección, expliqué el motivo, y...



Yo trabajo como profesor de educación física en un par de colegios. Sabés que esa era mi vocación.

Claro. Viniste a estudiar al instituto de San Fernando. Me acuerdo.



Aparte de mi tarea de escritor, trabajo como maestro. En Villa Urquiza. Es una cuestión de vocación. Me gratifica estar con los chicos, convertirme en algo así como su padre. Formar los, enseñarles. Tengo un sexto grado.



Poco a poco fue entrando en tema.

Me llamaron de Paraná. Este año se cumplen veinticinco años de nuestra graduación como maestros. Se prepara un festejo para dentro de un mes. Una clase alusiva por parte de algún profesor de entonces, una cena, algún recuerdo...



Prendí un cigarrillo.

Y bueno...me gustaría. Sólo necesito precisiones para arreglar mis cosas acá, y...

Yo voy en auto. Te llevo. Allá está todavía la casa de mis padres. O sea que por alojamiento no hay problemas.



Me puse de pie. Caminé un poco.

Cómo pasa el tiempo. Parece una perogrullada, pero a la hora de encarar los espejos nos invade cierto temor. ¿Cómo estarán los otros? ¿Podremos reconocerlos? ¿Qué huellas les habrán dejado los años y los dolores en sus caras?



Algunos no estarán, porque se han ido para siempre. Otros porque están lejos, buscaron horizontes más prósperos. Nuestra promoción dio ciento veinte maestros. ¿Cuántos se sentarán a la mesa?



No podés negar que sos escritor. Mirá las cosas que estás pensando.

¿Vos no las pensás? Significa un hito en nuestra vida, 'Indio'. Como si nos obligara a hacer balances. ¿Cuántos hemos progresado en estos veinticinco años, en qué cambiamos, qué cosas tenemos hoy que no teníamos antes, aparte de la edad?



¿Te casaste?

Sí, claro. Tengo tres chicos. Por lo visto, vos no.



Mi voz tomó un tono más nostálgico.

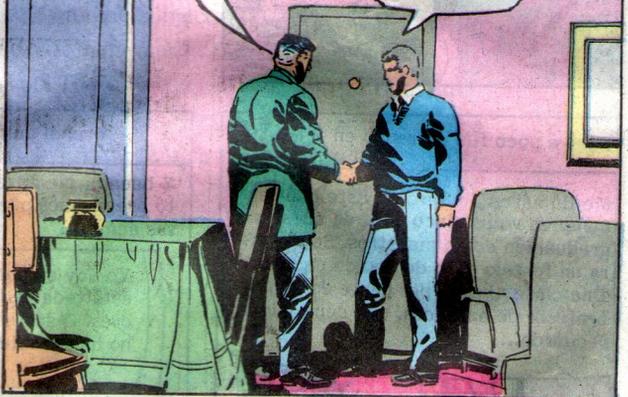
Yo no. Estuve enamorado un par de veces. Pero el tiempo lo acostumbra a uno a ciertos modos de vida; por ejemplo, la soledad. Y los cambios asustan. Uno se va fabricando las propias felicidades. Para mí son escribir, trabajar como maestro, disfrutar una libertad que paradójicamente es una cárcel.



Terminó el cognac, miró el reloj.

Me tengo que ir, Luis. Te dejo mi teléfono y mi dirección. Confirmaré tu presencia en Paraná para el festejo.

Cuenten conmigo.



Quedé solo. Miré la ciudad a través de la ventana.

(Volver a ver a 'Chalo' Bertot, al 'Corcho' Fresoli, a 'Chuchi' Gabay, a Mirta Santana, al 'Wilhem' Bellman, a Mirentxu Uranga... a tantos otros. Todos sentados a la misma mesa. Toda una invitación a la melancolía. Va a ser muy difícil que no se me caiga una lágrima...)



Los días continuaron con su ritmo inevitablemente agitado de Buenos Aires. Las rutinas que nos ponen cadenas hasta en el corazón, como si uno fuera Prometeo, cuando lo amarraron al Cáucaso.



La portera llegó hasta el aula. Me comentó en voz baja.

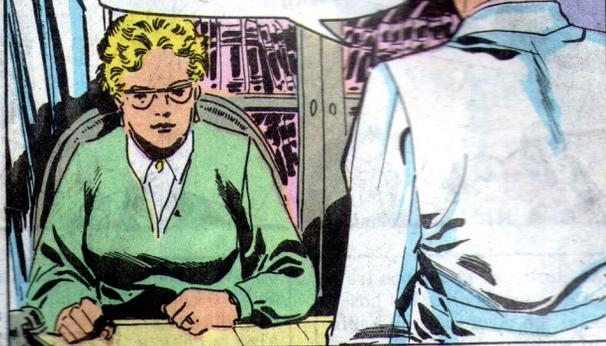
Señor, la directora quiere hablar con usted durante el recreo.



La directora.

Lo he llamado por la situación del alumno Stella.

Pues...no sé de qué se trata. Pero hace cinco días que no asiste a la escuela. La escucho.



La situación es bastante dolorosa. La madre del chico está muy enferma. Aparentemente padece de un mal incurable. La internaron hace una semana.

Caramba, no sabía nada.



Vino una tía a comunicarme la novedad. El chico está muy deprimido, pasa largas horas en el hospital. Casi no come. El padre murió hace años. Usted recordará que fue un accidente en la fábrica donde trabajaba y...

Sí. Vagamente me contó una vez los detalles.



Bueno, esa era mi intención; ponerlo al tanto de la causa de las reiteradas ausencias del alumno Stella.

Le agradezco.



Esa tarde, terminadas mis tareas, debería haber concurrido a la editorial a entregar algún trabajo. Pero eso podía esperar.

(Hay otro lado a donde hago más falta...)



"Tener un alumno, aunque sea solamente uno, significa ser responsable de la formación de alguien, como ser médico significa tener en los conocimientos y la pericia la vida de una persona..."



"...Educar no implica solamente enseñar palabras, números, fechas históricas ni nombres de ríos y montañas. Educar es, mis queridos amigos, dar a los niños, a los jóvenes, una visión global del mundo, de la vida, enseñar a discernir el bien del mal, lo honesto de lo espurio, la verdad de la mentira..."



Al atardecer mis pasos transitaron los pasillos del hospital. La directora me había informado cuál era. En la recepción me dieron más precisiones.



Él estaba sentado en uno de los bancos largos, junto a una mujer, su tía. Alzó la cabeza y me vio. Una extraña alegría se mezcló con un gesto triste.



Se acercó, lo besé en la frente. Me enteré de que tu mamá no está bien. Y vine a ver si podía serte útil en algo.

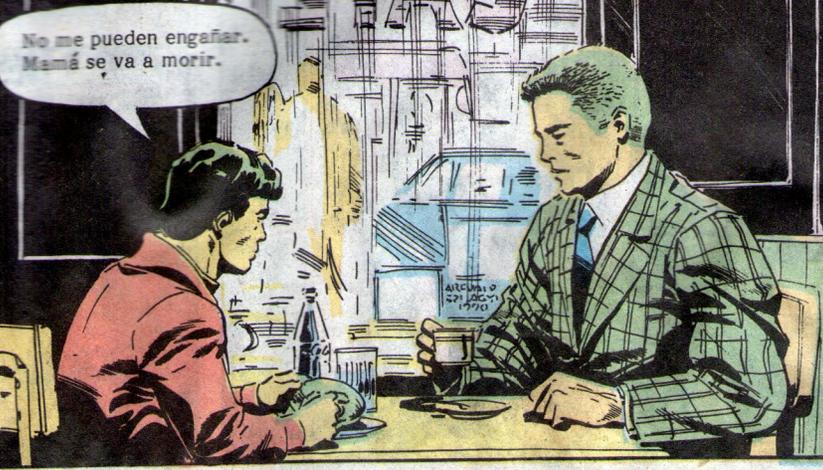
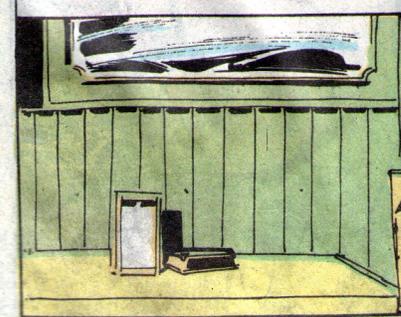


La tía me estrechó la mano. Él le explicó que yo era su maestro.

Por favor, a ver si puede convencerlo de que coma algo. No se ha movido del banco en todo el día.



Era un bar de las inmediaciones. Después de muchos forcejeos aceptó un emparedado y una gaseosa. Me miró. Por alguna razón la tristeza, la amargura, tienen un matiz acentuado en la mirada de los niños.



Bebí un sorbo de café sin responder nada. Había mucha decisión en sus palabras, como para intentar mentirle.

Es mucha mala suerte para un chico de once años, ¿no cree? Primero la muerte de mi padre. Ahora voy a perder a mamá. Me voy a quedar solo.



Bueno...si ocurre lo peor, no estarás tan solo. Tenés a tu tía, que está casada, tus primos de tu edad, y...

Y ser un agregado en la casa de ellos. Casi una carga. Llegado el caso no va a haber otro remedio.



En primer lugar no tenés que perder la fe. Tu madre aún vive. Si sucede lo peor, Dios sabrá qué dolores quiso ahorrarle. Es cierto, tu esquema de vida dará un vuelco a los once años. Es durísimo, hay que enfrentar las circunstancias. Es como crecer de golpe, pero no hay remedio.



Qué difícil es encontrar las palabras para explicar algunas cosas a un chico.

Yo me quedé solo cuando tenía veinticinco años, a raíz de la muerte de mi madre. A papá, casi no lo conocí; tuve que adaptarme a las nuevas situaciones. Fue un tránsito lento, trabajoso, de muchas noches sin dormir, de muchos días difíciles.



Pero se logra salir. Y se sale fortalecido, con nuevas ansias, nuevas expectativas. Un ser humano, muchacho, no es compendio de carne y huesos. Es espíritu. Por eso vine a verte. Porque sos mi alumno, que es como decir que sos mi hijo.

Me tendió la mano. Y esbozó la primera sonrisa que le viera en esa tarde.

Fuerza, pibe. Yo no te voy a dejar solo. Voy a venir a verte todos los días. Y nos seguiremos viendo después.



Al día siguiente, busqué las palabras para explicar a los otros chicos del grado lo que sucedía con Stella. Que era probable que a su retorno estuviese muy triste. Aproveché para hablarles de las pérdidas, de los afectos. Era la última hora del viernes.



Tres días más tarde, el lunes, murió la madre de Stella.



Me paré en la puerta de la sala. Él estaba parado junto al féretro. Serio. Impertérrito, mirando el cuerpo yacente.



Cuando me vio corrió. Y al abrazarme soltó aquellas lágrimas.



Y sollozó largamente. Por mi parte no cabían las palabras. Nos fuimos a un costado, nos ubicamos en unas sillas. Él se acurrucó contra mi cuerpo.

Y bueno, ya terminó todo.



Estoy empezando a sentir eso que me dijo, lo de la soledad. Y también estoy empezando a aceptarla. Es como usted me dijo, maestro, no hay más remedio.



Se secó las lágrimas con un pañuelo que yo mismo le di. Estaba sereno. Y lanzó aquello.

Usted vive solo, maestro, ¿verdad?

Sí, claro.



En un importante restaurante de Paraná se realiza la cena para festejar los veinticinco años de egresados.



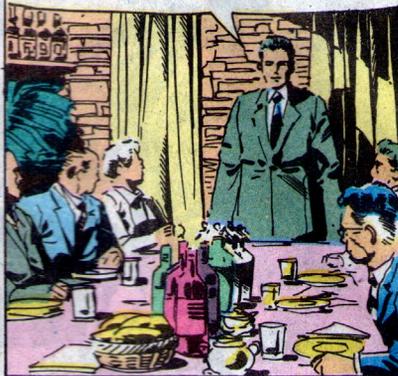
Hay murmullos de encuentros. Abrazos y besos. Algún recuerdo solapado por los que no están. No sé por qué esos recuerdos se hacen en voz baja, frunciendo el ceño.

Reparten medallas y diplomas de recuerdo. Redundantes, claro, porque esas cosas se llevan en el alma.



Me designaron a mí para el discurso. Me pongo en la cabecera de la mesa. Y empiezo a hablar.

Queridos todos: hace veinticinco años que nos convertimos en maestros. Algunos hemos ejercido la docencia. Otros la seguimos ejerciendo. Los menos no la ejercieron nunca.



Pero ser maestro significa convertirse en padre o madre de un chico mientras está en la escuela. Nada de lo que a él le pase, dentro o fuera del aula, nos puede ser ajeno.



No quiero ser grandilocuente, pero un maestro es un delegado de Dios en la Tierra. El magisterio es una profesión de fe. De lo contrario no tendría sentido.



Me aplaudieron mucho. Volví a mi sitio en la mesa. Algunos me estrechaban la mano. Otros me palmeaban.



Cuando llegué a mi sitio, lo vi a él. Por supuesto había venido conmigo.

Grande, papá. ¿O tengo que seguir diciéndote maestro...?



Decíme papá. Si a vos te gusta...

Me abrazó. Me sentí feliz. Ahora vive conmigo en Buenos Aires. Hubo un acuerdo con los tíos.



Nota del autor: A los chicos no se les puede mentir. Hoy son inmunes a la mentira. En cierta ocasión, a un escritor español, cuando tenía diez años le dijeron: "Anoche la cigüeña te trajo un hermanito". El chico lo miró asombrado. Le dijeron: "¿Querés conocer a tu hermanito?". Y el chico respondió: "No. Quiero ver a la cigüeña." Punto final.

AREVALO  
Miguel S. Torres

FIN